

Frente libertario

Madrid, 8 de septiembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

NUMERO 572

estabilización de la fuerza revolucionaria,

La guerra absorbe energías e impone sacrificios; pero tiene también, además, una serie de exigencias lógicas que no es posible desconocer sin comprometer gravemente el entusiasmo de nuestros combatientes. Por eso creemos firmemente que es absolutamente necesario tener siempre presentes cuáles son los principales estímulos que guían e iluminan a nuestro pueblo en la lucha, para, cuidándolos y exaltándolos, hacer que éste conserve siempre virgen el entusiasmo con que lograra las victorias arrolladoras de julio de 1936.

El pueblo español, al hacer la guerra, aspira a lograr algo más, mucho más, de lo que se hundió en aquel aluvión de dolor y de sangre. No puede conformarse el proletariado español con reedificar aquella sociedad débil e irresoluta que hizo posible que la subversión se fraguase con toda clase de garantías, y que permitía actuar libremente a todos los agentes del fascismo, preparando el movimiento con que ellos pensaban imponerse en nuestra patria. Concretamente el pueblo español espera que tengan plena realización una serie de premisas que son las que sostienen su fe en las jornadas peligrosas y las que alientan su entusiasmo en los días de triunfo, levantando su valor combativo más allá de todo límite ima-

esto, si son trabajadores revolucionarios, los que forman en las avanzadas del combate y del trabajo, será necesario dar satisfacción plena a sus deseos.



El arte diplomático

Es un arte fino; el más fino entre las artes de gobernar a los pueblos y guiarles a través de los escollos que son las concupiscencias de los otros pueblos; si por pueblos se quiere entender a la clase que se encuentra interesada en el gobierno, que hace los gobiernos y que los rige.

Requiere estudios especiales y cuidadosos, y espíritus cautos, capaces de jugar con sutilezas retóricas. Gran diplomático fué el príncipe Talleyrand, el cual, sin el menor escrúpulo, juró su fe a trece gobiernos distintos, para acabar traicionándolos a todos.

Su triunfo data de los primeros resplandores de la conquista bruta. Junto al guerrero, ha hecho y deshecho las naciones: el gran

líder con Néfi. El diplomático, por el contrario, usa guantes amarillos y emplea una sonrisa benévola, y, a veces, la enigmática del jesuita. Tiene más de sacerdote que de guerrero.

Desde hace mucho tiempo los más expertos diplomáticos nos los ofrece Inglaterra. Ellos aceptan todas las inspiradas afirmaciones de justicia, y las ponen al servicio de sus intereses. Recordad a Wilson y, entre sus famosos catorce puntos, la libertad de los mares. "Seguro —se apresuró a declarar Lord Balfour en Versalles—, somos partidarios de la libertad de los mares, incluso nosotros y para defender esa libertad hemos preparado y pensamos sostener la más potente flota del mundo".

Mirad su obra en esta última de-

cada. Los antifascistas serios y seguros, que por el antifascismo han olvidado principios y doctrinas cubriéndose con el equivoco velo democrático, son los que forman la vanguardia de Inglaterra en la lucha contra los Estados totalitarios.

Inglaterra quiso las sanciones para la guerra italo-abisinia; pero las dejó sobre el papel. Dejó que Mussolini desencadenase amenazas contra medio mundo. Gozó durante algún lustro con el espectáculo de los dos "bad boys" de Europa que por turnos se cambiaban en el escenario de la política internacional. Después vino la guerra en España que amenazaba la tranquilidad de los intereses británicos. Mussolini y Hitler se habían dado la mano para favorecer a Franco. Era necesario arrojar alguna estaca entre las ruedas del carro de los dos tiranos. Envió a Lord Halifax a Berlín; de

En primer lugar se había enviado al señor Windsor. Nació de allí el discurso de febrero y la conquista de Austria por parte de Alemania, que se extendía hasta el Brennero. El golpe iba dirigido por el compadre alemán al gran hombre de Roma, que tenía plena autorización, si no instigación por parte de Lord Halifax, así obliga al Sir de Predappio a buscar pactos y aceptar la amistad inglesa.

Envía a su rey a Francia y obliga a Alemania a pedir su amistad hasta el punto de aceptar la intervención inglesa en la cuestión de Checoslovaquia, que había juzgado y afirmado anteriormente cuestión alemana. Cuáles sean las instrucciones dadas a Lord Runciman lo dirá el porvenir. Lo cierto es que Inglaterra, que parecía excluida de todas las controversias de la Europa Central, se ha erigido en árbitro en las riberas del Danubio.

Con su diplomacia secreta excluye intérpretes y secretarios en los coloquios entre Lord Halifax, Daladier y Bonnet, y mueve todos sus peones en el campo de la política internacional. Y de los afanes de los dictadores; y mientras combate a Mussolini, levanta a Hitler, para después apoyarse en Stalin, según las ocasiones y conveniencias.

Es un magnífico juego de prestidigitación que podría incluso divertir, sino fuese la pillería elevada a grandeza y lo deshonesto hecho norma y ley en las relaciones entre los hombres que hablan distintos idiomas. Y todo esto con la mayor astucia y la más grande hipocresía.

Visado por la censura



En momentos tan decisivos como los que estamos viviendo, ninguna energía puede descuidarse, y mucho menos desperdiciarse o anularse en raras especulaciones filosóficas.

Más aun hace que persistamos en estas ideas la contemplación del abandono absoluto en que el extranjero, tanto el mundo oficial como el mundo de los proletarios, ha dejado a nuestra patria. Nada debemos al exterior; ningún apoyo hemos recibido ni siquiera de quienes parecía que debían considerarse más obligados a prestárnoslo. Y si hemos de conseguir la victoria por nuestro solo y exclusivo esfuerzo —y de esto no es posible que haya quien dude—, hemos de tender a reforzar todos los estímulos y a hacer que la emulación cunda en nuestras filas. Para



SOLIDARIDAD HUMANA

Hace veinticuatro años las oposiciones de intereses y los apetitos hegemónicos de las clases dominantes arrastraron a los pueblos de los diversos países del mundo a un conflicto armado del cual debía derivarse, según las falaces predicaciones de quienes eran sus promotores, el triunfo del derecho, de la libertad y del bienestar universal.

Millones y millones de hombres y todo el patrimonio de riquezas sociales que la Humanidad había acumulado durante cincuenta años de útil actividad productora, fueron sacrificados y destruidos.

Cuando, después de casi un lustro de inútiles destrucciones, el agotamiento de los recursos impulsó a los campos adversarios la necesidad de una tregua, acogotando a los pueblos vencidos y vencedores en la ruina y en el desastre común, por todas partes se levantó un coro de maldiciones para señalar, con el horror a la guerra, el claro propósito de todo el mundo de impedir, para siempre, que pudiera repetirse semejante carnicería.

Era el fruto precioso de una trebierra debido materializarse en la vómenda experiencia reciente que hultund y en la acción de raer del seno de la sociedad humana las causas que originan la guerra. Los pueblos de todos los países expresaban claramente este estado de ánimo, decidido y voluntario; pero al traducirlo íntegramente en los hechos sociales, carecieron de la necesaria audacia y sinceridad de los partidos de masas que tenían sobre sus hombros esa misión inderogable y la responsabilidad de su realización.

Las causas de la guerra residen fundamentalmente en el privilegio económico y político que determina la división de los hombres en clases, en naciones, en razas, que tienen por principio permanente y dominante la "lucha en la oposición de intereses". Para remover, por consiguiente, las causas efectivas de la guerra, las causas reales de la misma, de nada sirven las Convenciones políticas o jurídicas, las conferencias del desarme, los tratados de paz y de neutralidad o los pactos de no agresión, si no se suprime el privilegio generador de la oposición de intereses, sustituyéndolo por el mutualismo económico que une a los hombres, a las naciones y a las razas en la lucha común, en plena solidaridad de intereses.

Esta transformación de los factores y de las condiciones económicas humanas, no han sabido ni han querido realizarla los partidos proletarios ni las Internacionales obreras que realmente tenían y se arrogaban esa misión, cuando al día siguiente de la guerra los pueblos de todos los países dependían, confiados y entusiastas, de sus órdenes; y el "privilegio", asustado, volvía a maniobrar buscando la manera de hacerse olvidar a sí mismo y a sus errores.

Todo estaba dispuesto y al alcance de la mano para iniciar la obra renovadora del mundo: voluntad, entusiasmo, confianza, sentimientos generales. No faltaban más que la audacia, la valentía y la firmeza.

Pero estos lo han tergiversado to-

do en la demagogia escandalosa y en la ineptitud que nada es capaz de realizar; han debilitado y desilusionado el espíritu combativo y la fe de los pueblos en agitaciones extenuadoras y sin finalidad social, para terminar por volverlos a abandonar, escépticos y disgustados, en manos de los aventureros políticos al servicio del privilegio redivivo.

El resultado todos lo conocemos. La guerra, que por manifiesta voluntad universal de gobernantes y gobernados debía haber sido borrada, como una infamia sin nombre, de las leyes nacionales e internacionales, ha resucitado en todas partes sus apóstoles y sus pontífices. La educación militar ha saltado en todos los países, desde los cuarteles, a las fábricas y a las escuelas; y la psicología, del ejército a la nación, del soldado a la población civil, hasta la profanación de la infancia.

Todas las actividades, materiales y espirituales, de las sociedades modernas, están sometidas a las necesidades imperativas de la "defensa nacional", de la guerra. La economía de todos los países se encuentra casi exclusivamente reactiva por la producción de guerra. Hasta tal punto que casi todas las riquezas

La victoria del pueblo

Nuestra guerra es a muerte. Lo hemos repetido todos mil veces; lo ha confirmado el pueblo con su decisión heroica de llevar la lucha hasta el fin. Lo ratificó el doctor Negrín en su último discurso al afirmar que, en una contienda con las características de la nuestra, "se sucumbe o se vence". No tiene la cuestión tercer término. No lo tuvo desde el instante mismo en que los traidores abrieron las puertas de España a la invasión italogermana. Con los enemigos del pueblo no hay otro diálogo posible que el de los cañones y las ametralladoras. Sobran ellos o sobramos nosotros. La pelea tiene que finalizar con nuestra victoria o durará mientras no quede un metro de España libre de la planta extranjera y un obrero español en pie. Que todo el mundo grabe bien en sus cerebros, esta gran verdad.

Podrán moverse en las sombras cuanto quieran, trazar en secreto sus planes, fraguar maquiavelismos, irrealizables, en sus cenáculos o sus charcas. Por encima de ellos, muy por encima de todos ellos, está la voluntad de España. La voluntad de España, que no puede, ni quiere, ni será esclava. La voluntad de un pueblo decidido a conquistar su libertad extirpando a todos los traidores.

A todos los traidores, absolutamente a todos. A los que estén del otro lado de las trincheras en primer término. Los traidores a qui-

"Al vencedor —decía Negrín en su último discurso— le hace el vencido". Le hace cuando tolera maniobras que "fomentan la descomposición de dentro a la par que intrigan para que nos asfixien desde fuera." Nos-

presentes y por venir y todas las energías, son empleadas y transformadas en armamentos.

Incapaces para liberarse del privilegio, las sociedades humanas son empujadas inexorablemente por éste hacia la guerra, donde entrevece las únicas posibilidades de conservación y de solución de las profundas contradicciones económicas que lo destruyen. Y, sin embargo, no es otra cosa, en realidad, que un vano, insensato e ignominioso atentado contra la humanidad.

Pero lo peor es constatar cómo y en qué medida los proletarios de todo el mundo se hacen cómplices del privilegio al hacer posible este nuevo y monstruoso atentado que se prepara contra la civilización humana. Ellos fabrican los instrumentos de guerra con la mecánica indiferencia de autómatas completamente inconscientes. Parecen incluso contentos de poder realizar semejante trabajo para vivir. Y trabajan y viven para confeccionar las armas con las cuales serán empujados a matar y a hacerse matar. Son los artífices de su propio exterminio.

Es tiempo de que despierten; el trabajo debe estar destinado a proporcionar la vida y el bienestar a sí mismo y a los demás. Toda obra destinada a originar la destrucción y la muerte debe ser aborrecida y repudiada.

otros no podemos tolerar nada de esto. No podemos perdonar a nuestros enemigos, porque nos apuñalarían por la espalda. Una vez descubiertos, los traidores han de ser exterminados sin contemplaciones de ningún género.

Hacemos la guerra y los sentimentalismos están de más. Será doloroso proceder así: pero mil veces peor sería no hacerlo. La victoria del enemigo podremos favorecerla con nuestra debilidad. Y ni el Gobierno ni el pueblo quieren comprometer un triunfo que por ley natural ha de venir a nuestras manos.

Séase de una vez para siempre que ni España ni su Gobierno admiten otro final de la guerra que la victoria absoluta y total. Los que piensan otra cosa pueden variar radicalmente de manera de pensar. Los que a más de pensarlo se entreguen a maniobras tendientes a obstaculizar nuestra resistencia, tendrán que soportar todo el peso doloroso de la dura ley de la guerra.

Pero, insistimos, las palabras no bastan. Es inútil pretender dialogar con los sapos. Hay que aplastarlos. Sin vacilaciones ni tardanzas. Descubierta la traición, la justicia debe actuar con toda energía y con toda rapidez. El Gobierno lo hará. El pueblo está seguro porque tiene confianza plena en los hombres que lo integran. Uno y otro están decididos a llevar la guerra hasta la victoria. Los que maniobran en contrario, los traidores, no merecen que perdamos mucho tiempo en combatirlos verbalmente. Los de

El mazo germano y el mosaico checo

Los disturbios sangrientos de Palestina, los bombardeos de buques ingleses, como el último registrado en aguas de Alicante, pagando su contribución a la política de "no intervención" otro marino inglés; la parodia del Comité de lord Plymouth mismo, todavía operante con su ya desacreditada y gastada nominalidad; los bombardeos y ametrallamiento de ciudades españolas españolas así como los trabajos de esa Comisión de encuesta; todo esto ha quedado relegado a un plano tan secundario que sólo sirve ya para llenar las gacetas de sucesos anodinos sobre la política internacional, agitada dramáticamente en estos instantes.

Si por los frutos se conoce la bondad del árbol, según la bíblica frase, o evangélica, por los efectos que tal manera de perder el tiempo, y ha sido mucho el dilapidado, agravando el problema europeo, ya tenemos bastantes pruebas para condenar el árbol de la paz, suficientes también para que Chamberlain aspire a que su nombre sea por siempre recordado, sobre todo si tenemos en cuenta que ningún político hizo más evocaciones a la benéfica deidad, como tampoco nadie la ha llevado a tan angustioso estado. Dos años de trabajo filisteo por la paz, y ahí tenemos los frutos: la guerra sigue más amenazante; la guerra que pudo alejarse con una política más decorosa y digna, además de más humana, galopa por los cuatro puntos cardinales de Europa, estimulada por esa misma política "pacifista y legalista" para escarnio y bafa de la paz y la ley.

La guerra, el espectro terrible de la guerra, con su cortejo de ruinas y muertes, no de esta España ni de los hombres libres que hace dos años largos que luchan en defensa de la libertad de todos los pueblos libres del Continente, sino amenazando con que sean franceses e ingleses los que sufran las consecuencias de política tan desatentada, se levanta ante millones de europeos, pidiéndoles su terrible tributo. Hay que seguir transigiendo, sin conseguir otra cosa que diferir por unos días o unas semanas el instante temido, o proclamar un rotundo ¡basta!

Checoslovaquia transigirá de nuevo, ya ha hecho unas nuevas proposiciones, en las que veladamente, envolviéndolas en el cendal de la integridad nacional, se hacen nuevas concesiones a los sudetes, igual en lo que afecta a los funcionarios públicos, como en el reparto de los servicios de seguridad entre los órganos de la administración local y del Estado, e indemnización por los daños sufridos a las nacionalidades, sin olvidar la conquista de la ley lingüística.

Así lo quiso la política inglesa, deseosa de paz... Y Checoslovaquia, quedará escindida, roto en pedazos este mosaico del Estado checo, porque el mazo germano sigue en alto, dispuesto a caer sobre la cuña sudete, para hacerlo saltar, bien dentro de unos días, ya dentro de unas semanas, por mucho que tal desenlace desagrade a Londres y aterrorice a París, porque el dolor, como la risa, también va por barrios.

S. U. de las I. del P. y A. G. L. N.